

buena voluntad, que era atropellada, otras veces insinuaba, como lo había hecho el Sr. Nigra, que la verdadera solución sería la entrada de las tropas reales en el Estado romano. Todas estas correspondencias, resumidas por el Sr. de Moustier, iban á parar á Biarritz. Bajo la impresión de estas noticias, Napoleón se alejó más aún de su antigua aliada, y aunque con extrema repugnancia, comenzó á acariciar la idea, poco grata á sus ojos, de una segunda expedición á Roma. La primera señal de esta disposición más decidida fué un telegrama que por orden suya expidió el Sr. de Moustier al Sr. de la Villette en 11 de octubre: «El emperador, decía el despacho, se preocupa vivísimamente de la ineficacia de los esfuerzos del gobierno italiano para impedir que las partidas garibaldinas penetren en el territorio pontificio (1).» Al mismo tiempo las tropas acantonadas en Lyon se dirigían hacia el mar y se reunían en Tolón. El 12 de octubre, el Sr. de Moustier dejó entrever al Sr. de Nigra los propósitos eventuales del emperador: «En vista de que las tropas italianas, añadía, no bastan por sí solas á contener la invasión, Su Majestad cree llegado para Francia el momento de tomar medidas y con toda lealtad lo ponemos en conocimiento del gobierno del rey (2).»

Transcurridos tres días, el emperador regresaría á Saint-Cloud y entonces se tomaría una decisión definitiva. Así que el soberano hubo abandonado Biarritz, los amigos y los adversarios de Italia redoblaron sus esfuerzos para asegurar el triunfo de su política: constituían en la corte imperial dos grupos poderosos, empeñados en disputarse la influencia. De entre todos los patrocinadores del nuevo reino, el príncipe Napoleón era el más importante. Un defensor no menos celoso de la misma causa era el Sr. de la Valette, entonces ministro del Interior, personaje de espíritu muy delicado, pero superficial, de instrucción varia, pero no profunda, cortés, versado en la intriga y que se había captado la consideración de los soberanos. El Sr. Rouher, entonces en el apogeo de su favor, había abrazado el mismo partido: por tanto, parece que en tales coyunturas debía reprobador vigorosamente los proyectos de Garibaldi. Su objetivo hubiera sido ganar á los católicos en vista de las elecciones futuras. A este fin, Rouher hubiera aceptado sin mucha repugnancia una ocupación de los Estados romanos organizada bajo la responsabilidad á medias de Napoleón y de Víctor Manuel: esto por lo menos es lo que puede deducirse de los documentos de procedencia italiana (3) y de las cartas encontradas más tarde en las Tullerías. Por el contrario, la política de energía contaba dentro del gabinete dos campeones resolutísimos: el Sr. de Moustier y el mariscal Niel. Los italianísimos, así se les llamaba, manifestaban un grave temor: temían que si irritaban al gobierno de Florencia, se volviese á echar para siempre en los brazos de Prusia. Sus contradictores no negaban el argumento: «Pero, añadían, si después de todos los descalabros morales de los últimos años dejamos anu-

(1) *Documents diplomatiques*, 1867, pág. 82.

(2) Telegrama del caballero Nigra al conde de Campello, 12 de octubre (*Documenti presentati alle Camere italiane*, 1867).

(3) Telegramas del Sr. de Nigra al Sr. de Campello, 17 de octubre (*Documenti presentati*, 1867).

lar la Convención del 15 de septiembre, caeremos en un descrédito de que no volveremos jamás á levantarnos.» Lo más inquietante era que por ambas partes el razonamiento era justo; porque las faltas de la política imperial habían llevado las cosas al punto en que no cabía más que escoger entre lo malo y lo peor. Mientras tanto, en esta hora decisiva para sus ambiciones, los servidores, los agentes de Víctor Manuel no daban al olvido ninguna de las influencias que en otros tiempos habían asegurado su éxito. No omitíase medio alguno, ni siquiera la amenaza con el puñal revolucionario. «Se nos denuncian, escribía el Sr. de Saint-Vallier al Sr. de Villette, complots contra la vida del emperador; dícese que cinco garibaldinos disfrazados han salido de Nápoles y deben de haber llegado á Marsella.» En Florencia, Víctor Manuel, en una conversación con nuestro agregado militar, deploró con acento hábilmente fingido su crítica situación: «Si las tropas italianas no entran en los Estados pontificios al mismo tiempo que las tropas francesas, mi corona se verá amenazada (4).» En el temor de un conflicto con Francia, Italia, si hemos de dar crédito á Bismarck, intentó entablar algunas negociaciones en Berlín (5). Mientras se cumplían todos estos propósitos, mientras fructificaban todas estas intrigas, el Sr. de Nigra se consumía en incesantes diligencias, y parece que sus palabras no fueron completamente inútiles, pues el 14 de octubre, á primera hora de la tarde, telegrafió á Florencia: «No desespero de impedir una segunda expedición á Roma.»

En la noche del 15 de octubre el emperador regresó á Saint-Cloud. El siguiente día debía celebrarse el consejo de ministros en que sería discutida la intervención. Infatigable en sus diligencias, el Sr. Nigra quiso aprovechar las pocas horas que quedaban. De buen grado habría propuesto al gobierno francés una combinación que se resumía en dos puntos: entrada de las tropas italianas en el territorio pontificio, con la condición de repasar la frontera una vez la tranquilidad se hubiese restablecido; reunión de un congreso que arreglase la cuestión romana. Después de lo que telegrafió á Florencia, este plan había tenido algunas probabilidades de ser adoptado. El Sr. de Campello, ministro de Negocios extranjeros, no quiso autorizar la discusión de semejante proyecto: se negaba, una vez realizada la ocupación, á adquirir el compromiso de retroceder hasta las fronteras, y para dar esta negativa hacía patentes las ambiciones de su país (6). La noche del 15 al 16 y la mañana del 16 se emplearon en este cambio de despachos, mientras que en aquellos mismos momentos los ministros se dirigían á Saint-Cloud. Los partidarios de la intervención hicieron valer el voto de los católicos y, sobre todo, el derecho de los tratados; ya que el gabinete de Florencia se declaraba impotente para impedir la invasión de los Estados pontificios, correspondía á Francia sustituirse á ella y ejecutar por sí misma la convención del 15 de septiembre. A pesar de todos

(4) Véase M. Rothan, *Souvenirs diplomatiques (Revue des Deux Mondes)*, t.º de mayo de 1886, págs. 134-135.

(5) Informe del Sr. Benedetti, 10 de noviembre de 1867 (*Mission en Prusse*, págs. 246-247).

(6) Telegramas del caballero Nigra al conde de Campello, 15 de octubre, y del conde de Campello al Sr. Nigra, 16 de octubre.

los desengaños antiguos ó recientes, el emperador mantenía con respecto á Italia un fondo de benevolencia que no permitía que ningún sentimiento de cólera fuese muy vivo ni, sobre todo, muy duradero. Además, en medio de nuestra política exterior, ya muy embrollada, ¡cuál no fué el disgusto de esta nueva complicación! En tal estado de ánimo, Napoleón quizá hubiese prolongado sus dilaciones. Pero el marqués de Moustier y el mariscal Niel se mantuvieron firmes, y, según se asegura, ofrecieron presentar su dimisión si su política no prevalecía. Finalmente, decidióse la intervención en principio, aunque no aún la orden de partida.

En Roma los días últimos no habían transcurrido sin inquietud. «Nada hay comprometido todavía, telegrafaba el Sr. Armand el 13 de octubre, pero todo puede estarlo mañana.» Los éxitos del reducido ejército pontificio habían alentado los ánimos; pero las tropas se extenuaban á causa de las marchas y disminuían á consecuencia de los combates. En medio de la crisis, el Padre Santo conservaba toda su sangre fría: «Yo defenderé, decía, mi poder temporal, aunque actualmente no sea en medio de Europa más que una *dilución homeopática*.» Antonelli aparentaba la misma calma. En cambio, entre las personas que les rodeaban, se propagó el rumor de la próxima partida del Padre Santo. Por aquel entonces, el 17 de octubre, llegó de París un telegrama concebido en estos términos: «Prosiga el gobierno pontificio defendiéndose enérgicamente, y no le faltará el auxilio de Francia (1).» La hora era demasiado avanzada para que la etiqueta permitiese el acceso á las habitaciones del Padre Santo; pero al día siguiente, á primera hora, nuestro encargado de Negocios se dirigió al Vaticano en coche de gala y con uniforme, á fin de dejar adivinar por el ceremonial que era portador de buenas, de excelentes noticias. Admitido á presencia de Pío IX, puso en sus manos el telegrama, el telegrama *libertador*, como lo llamó, y el Pontífice, enterado ya de las resoluciones francesas por un mensaje del Nuncio, manifestó con efusión conmovedora toda su gratitud. Después el diplomático volvió á atravesar la ciudad con el mismo aparato. El rumor de la próxima ayuda se había propalado por Roma, provocando cierta sorpresa, pues el silencio de los días precedentes había afirmado la persuasión de que el representante de Francia no estaba de acuerdo con la política de su soberano. Cuando el Sr. Armand penetró en la embajada, encontró los salones del palacio invadidos por los prelados, los diplomáticos y los miembros de la nobleza romana, que se apresuraron á complimentarle y se mostraron tanto más expresivos en sus felicitaciones cuanto que habían creído más bien en una negativa.

VIII

¿Quién es capaz de contar las tergiversaciones del gobierno imperial? En el momento mismo en que el Sr. Armand recibía el telegrama que hemos citado, el Sr. de Moustier llamaba al muelle de Orsay al caballero Nigra. El ministro acababa de llegar de Saint-Cloud en donde se había celebrado un nuevo consejo en el que

(1) *Documents diplomatiques*, 1867, pág. 85.

se había decidido suspender el embarque. «Las órdenes, dijo el Sr. de Moustier, están implícitamente suspendidas: el gobierno imperial hace un llamamiento á los sentimientos de amistad y de solidaridad que unen á Italia y á Francia; redoblad vos vuestra energía para contener el movimiento de los voluntarios, empresa que no es superior á vuestras fuerzas. Sólo en el caso de que os vierais impotentes para llevarla á cabo, obraríamos nosotros, no sin pena, podéis creerlo, pero sí sin vacilación.» Así habló nuestro ministro de Negocios extranjeros, en tono firme todavía, pero ya algo más bondadoso: á la ejecución inmediata había sucedido la reprimenda (2).

Esta reprimenda, sin embargo, había de ser, en verdad, más severa que de ordinario. El Sr. Nigra, al comunicar aquellas noticias, añadía: «He logrado mi objeto, pero provisionalmente.» El Sr. de Moustier, personalmente partidario de la política de resistencia y poco confiado en nuevos aplazamientos, no tardó en concretar las garantías que reclamaba de Italia; en efecto, el día 19 de octubre telegrafaba al Sr. de la Villette: «Que el gobierno del rey dé prueba de su buena voluntad suprimiendo inmediatamente las oficinas de alistamiento, disolviendo los comités de socorro y publicando una proclama en que declare que todos los voluntarios serán detenidos, desarmados é internados. Ved al Sr. Rattazzi y contestad inmediatamente (3).»

Cuando este telegrama llegó á Florencia, ya el señor Rattazzi había entregado sus poderes al rey, pues sentíase impotente así para provocar á Francia como para contener á la revolución; de modo que cuando el señor de la Villette le transmitió las peticiones de su gobierno alegó que ya no era ministro y eludió todo compromiso; no obstante lo cual negó la existencia de las oficinas de alistamiento, añadió que era imposible disolver los comités de socorro y consideró superflua la proclama. Circulaba por la ciudad un rumor, todavía vago, el de la evasión de Garibaldi, que, según se decía, hallábase en Caprera; y á las preguntas que sobre esto le dirigió nuestro encargado de Negocios, respondió Rattazzi con evasivas, diciendo que Garibaldi estaba enfermo desde hacía tres días, que había quien le había visto y que se ignoraban sus proyectos. Víctor Manuel, en el entretanto, aceptó la dimisión del gabinete, hablándose entonces de que el monarca adoptaría medidas enérgicas y de que sin duda el nuevo ministerio sería un ministerio de resistencia; pero el propio rey se consagró á calmar los temores del emperador (4). Aun siendo tan equívocos como eran estos síntomas, Napoleón no creyó conveniente negar á Italia un nuevo plazo para cumplir el convenio de 15 de septiembre. En París, el 16 de octubre, todo el mundo quería la intervención, pero á la noche siguiente las voluntades parecían dispuestas á ceder. El 21 de octubre, una nota del *Monitor* anunció que el emperador, en vista de las seguridades llegadas de Italia, había dado orden de suspender el embarque; y algunos cuerpos de tropas que ya se hallaban en los buques regresaron á tierra. Tal fué la nueva evolución de la política imperial.

(2) Despacho del caballero Nigra al conde de Campello, 17 de octubre (*Documenti presentati*, 1867).

(3) *Documents diplomatiques*, pág. 88.

(4) Véase *Papiers saisis des Tuileries*, pág. 178.

En los días siguientes llegaron una tras otra informaciones bastante graves para que Francia se cansara de su longanimidad. Estos informes procedían a la vez de Florencia y de Roma.

«Tened por seguro que Garibaldi ha abandonado su isla,» escribía en 21 de octubre el Sr. de la Villemestreux. Y tan cierto era esto, que desde el día antes se encontraba Garibaldi en Florencia (1): los «cinco buques de guerra» que vigilaban Caprera no habían podido impedir la fuga de aquél, que, según telegrafiaba Víctor Manuel al emperador, «se había evadido á favor de una gran niebla (2).» El día 22 el gran agitador arengó al pueblo en la plaza de Santa María la Nueva: «Roma será nuestra, dijo; doy las gracias al pueblo de Florencia. Se anuncia la venida de una escuadra extranjera; no la temáis, porque se desvanecerá al soplo del pueblo.» Después de haber hablado en estos términos, el *condottiere* se encaminó á la estación del ferrocarril acompañado de una multitud inmensa; allí le esperaba un tren especial que lo condujo á Terni. Cuando estuvo lejos, el gobierno comprendió la conveniencia de detenerlo, á cual efecto se enviaron órdenes á los prefectos de las provincias fronterizas; pero al informarse el Sr. de la Villemestreux del resultado de tales órdenes, no obtuvo más respuesta que la expresión de un profundo sentimiento. Garibaldi había sido también esta vez más listo que sus perseguidores, y sin duda había logrado pasar las fronteras del Estado pontificio. Así transcurrían los días, en una especie de interregno en que se debilitaba la poca autoridad que quedaba. El Sr. de la Villemestreux, no pudiendo obtener nada de los ministros dimisionarios, se dirigió al general Cialdini, á quien el rey había encargado la formación de un nuevo gabinete; pero Cialdini, acosado por todas partes, perdía el tiempo en gestiones para encontrar colegas, siendo en vano que el Sr. de la Villemestreux, en dos entrevistas sucesivas, le aconsejara con insistencia que agrupase en torno suyo al partido del orden. Y en efecto, estaba cercano el día en que el general, tan impotente como Rattazzi, renunciaría á su mandato.

No menos alarmas despertaba el estado de Roma. El telegrama del 17 de octubre había sido para los consejeros del Padre Santo el más eficaz consuelo; sin embargo, aquel despacho debiera haber sido confirmado y el silencio que á él siguió pareció un tanto sospechoso. El 20 de octubre llegaron de Francia el general de ingenieros Prudón, llamado para reconocer las fortificaciones de Roma, y el contralmirante Lafont de Labedat, encargado de disponer el puerto de Civitavecchia para el caso de un desembarco eventual. Esta doble misión, sobre la cual se había guardado el mayor secreto, demostraba que el gobierno imperial no había renunciado á sus proyectos de ayuda; pero Francia procedía con lentitud, y en cambio ¡cuán activa é impaciente era la revolución! La policía comenzó á descubrir huellas de complotos en la ciudad que hasta entonces había permanecido muy tranquila, siendo aquellas tramas obra no de la población indígena, sino de conspiradores cosmopolitas. El día 22 de octubre algunos emisarios extranjeros que se habían introducido

(1) Carta del Sr. Crispi al diario *La Riforma*.

(2) *Papiers sauvés des Tuileries*, pág. 179.

en Roma intentaron dos golpes de mano, uno contra el Capitolio y otro contra la puerta de San Pablo, los cuales fracasaron; en cambio uno de los cuarteles, el *Serristori*, voló sepultando entre sus ruinas á veintidós soldados. Aquella misma noche, nuestro agente de Negocios, tomando pie de aquel suceso, telegrafió para que se apresurara el socorro; mas como los alambres del telégrafo estaban cortados por la parte de Italia, el telegrama fué transmitido á Civitavecchia y desde allí llevado á Villefranche por el aviso *Actif*. Muy pronto una nueva alarma aumentó el sobresalto de la población de Roma; pero á lo menos este no fué un atentado cobardemente criminal, como el del cuartel *Serristori*, sino una conjuración de carácter audaz y heroico. Había entre los garibaldinos dos hermanos, Enrique y Juan Cairoli, ambos intrépidos, que se habían brindado á introducir en Roma un convoy de armas y á reunir á sus adeptos; con unos sesenta compañeros bajaron en barcas por el Tíber, con intento de apoderarse del remolcador de vapor que vigilaba el río y desembarcar de este modo en el corazón de la ciudad, en el puerto de Ripetta. Apoderáronse no del remolcador, que no se dejó ver, sino de una pequeña embarcación, y al llegar la noche, considerándose demasiado débiles para entrar en la ciudad, pero estando demasiado fanatizados para desistir de su propósito, pernoctaron en las barcas y á la mañana siguiente se instalaron en una *villa*, situados en los montes Parioli, á un kilómetro al Norte de Roma. Allí fueron sorprendidos por los pontificios, y después de un encarnizado combate, en el que Enrique Cairoli fué muerto y su hermano Juan herido, aquella pequeña partida, considerablemente disminuida por sus bajas, cayó en poder del enemigo. Mientras desde la puerta del Pueblo se oían las descargas, en los círculos y en los sitios públicos pasaba de mano en mano el *Monitor français* del 21 de octubre que anunciaba el aplazamiento de la expedición. La incertidumbre del socorro causó cierta turbación entre algunos militares y en la población civil se observaron los primeros síntomas de una lealtad que bamboleaba. Según los rumores más fidedignos, los garibaldinos no tardarían en estar cerca de la ciudad; Antonelli, considerando llegado el momento decisivo, avisó al señor Armand y con acento solemne, en armonía con la magnitud del peligro, le dijo: «Si el emperador quiere realmente salvar á la Santa Sede, sabed que no hay que perder ni un minuto.» Entonces nuestro encargado de Negocios expidió, á las once de la noche del 24 de octubre, un nuevo despacho en el que la petición llegaba hasta la súplica. Como las comunicaciones con Italia continuaban interrumpidas, aquel telegrama fué llevado á las costas de Provenza por el aviso *Passe-Partout*, en el que además iban otros dos despachos que reflejaban las mismas alarmas: uno del general Prudón para el ministro de la Guerra; otro del embajador de Austria para Francisco José, que en aquel entonces se encontraba en París (3).

La evasión de Garibaldi, la impotencia de Víctor Manuel para formar un ministerio, la situación de la ciudad de Roma, todo demostraba el peligro de la tardanza. El día 24 ordenóse el embarque de las tropas

(3) *Notes et papiers inédits de M. le comte Armand*.

que se habían quedado en Tolón y en los acantonamientos inmediatos; pero todavía no se mandó que los buques se hicieran á la mar. El 25, un telegrama del Sr. Nigra dirigido á Florencia hizo presentir la intervención; y aquel mismo día se celebró un nuevo consejo de ministros. El emperador se encaminaba hacia una política de acción, pero dando toda suerte de rodeos: ¡tan desagradable le era separarse de su antigua protegida, y tanto sentía renunciar á la única alianza que, dado el estado de Europa, le quedaba! En esto, supóse que el general Cialdini había desistido resueltamente de formar gabinete, de suerte que el gobierno del rey estaba cada día más á merced de la revolución. «Veo con dolor que las promesas de Vuestra Majestad no se realizan,» telegrafiaba el emperador á Víctor Manuel. Poco después, el último telegrama del Sr. Armand proporcionó á los partidarios de la intervención un argumento supremo; y en la noche del 25 al 26 se revocaron las contraórdenes dadas á la flota de Tolón y se decidió la partida de los buques, noticia que fué notificada al público por conducto del *Monitor*. Sin embargo, los que mejor conocían á Napoleón todavía esperaban un cambio de conducta y decían que no creerían en la expedición hasta que la flota estuviese en alta mar; y no se equivocaban del todo pensando de esta suerte. Los italianos hacían supremos esfuerzos para alejar á Francia de su patria, estando al frente de ellos el Sr. Nigra y sobre todo el Sr. Pepoli, recién llegado de París. El día 26 de octubre, apenas nuestros barcos habían abandonado la rada de Tolón, uno de los semáforos transmitió la orden siguiente: «Regresad á Tolón, de orden del emperador.» Comenzó la maniobra, que fué lenta y difícil á causa del gran número de buques, y no había terminado aún cuando llegó una segunda orden que decía: «Hacedos de nuevo á la mar, pero permaneced en relaciones con los semáforos.» La escuadra viró de nuevo y prosiguió su marcha, costeano la Provenza y desviándose muy poco á poco; al anochecer llegó enfrente del cabo Benat, y en aquel momento el semáforo instalado en la playa pidió comunicación. «Benat quiere comunicarse con nosotros,» exclamó el timonel. «Poned la señal de conforme,» replicó el oficial de guardia; pero el comandante en jefe de la escuadra, el vicealmirante Gueydon, que estaba en la toldilla, se interpuso enérgicamente y ordenó proseguir la ruta. Cerraba la noche rápidamente, y la escuadra, alejándose cada vez más, perdió de vista la costa y escapó á todos aquellos que habrían querido que retrocediera (1).

IX

Después de tantos aplazamientos ¿llegaría á tiempo la expedición suspendida durante tan largo período?

Hemos visto cómo Garibaldi abandonó Florencia el 22 de octubre: el 23 estaba en Rieti y en la noche del mismo día llegaba á Passo-Corese, situado en la frontera de los Estados romanos, tomando allí el mando del ejército revolucionario que se componía de unos diez mil hombres. Al día siguiente, siguió avanzando al

(1) Nota comunicada por los herederos del vicealmirante Gueydon.

través de la Sabina, siguiendo la orilla izquierda del Tíber; sólo le faltaba recorrer veinticinco kilómetros para encontrarse á las puertas de la Ciudad Eterna. ¿Qué habría sucedido si arrastrando á sus gentes y apresurando su marcha hubiese intentado un golpe de mano contra Roma? El caso es que en su camino se encontraba Monte-Rotondo, pequeña plaza sin muralla continua, pero situada en una posición dominante y coronada por un antiguo castillo, y defendida por trescientos hombres mandados por un capitán llamado Costes. Garibaldi cometió la falta de entretenerse en aquel ataque y los pontificios realizaron una defensa que no esperaba el general del ejército revolucionario. Aprovechándose de los abrigos que les proporcionaban las cercas y los jardines, utilizando su pequeña artillería, que se reducía á dos cañones, retirándose de casa en casa y, por último, encerrándose en el castillo, prolongaron el combate durante todo el 25 y la noche siguiente, y no se rindieron hasta que se encontraron acorralados en su último reducto y amenazados de morir entre las llamas; pero, aunque fueron vencidos, tal vez salvaron á Roma conteniendo el impulso de sus enemigos (2).

En el entretanto, aumentaba la ansiedad en Roma. El día 25, la policía descubrió un complot en el Transvere: los conjurados fueron sorprendidos y después de una lucha tenaz perecieron ó fueron hechos prisioneros. En la mañana del 26 se supo que Garibaldi se aproximaba, y por la noche recibióse la noticia de haber sucumbido Monte-Rotondo. Con estas nuevas, los temores se convirtieron en terror; y las inmediaciones de la embajada estaban invadidas por gente que iba á solicitar la protección francesa. El general Kanzler y el general Prudón recorrieron la línea de las murallas, y después de un detenido examen reconocieron que sólo podía defenderse la orilla derecha del Tíber, discutiéndose entonces las medidas convenientes para trasladar á aquella parte de la ciudad los alojamientos de los cardenales y las oficinas de los principales funcionarios. Antonelli había conservado toda su sangre fría; en cambio, el papa se lamentaba, no sin amargura, y decía que más hubiera valido que le dejaran desde luego abandonado, que no que le prometieran una ayuda que no llegaba nunca. Comunicáronse las oportunas órdenes para que todos los cuerpos se replegasen en Roma, resolución extrema que había de entregar al enemigo poblaciones hasta entonces fieles, pero que se justificaba por la urgencia del peligro.

El 27 se supo la orden de embarque, y esta noticia levantó los ánimos en la curia romana; pero aun en medio de la renaciente esperanza subsistía una terrible inquietud. ¿Quién llegaría primero á la ciudad, Garibaldi que bajaba por el Tíber ó los franceses que navegaban por el Mediterráneo? Mirando sólo las apariencias, todas las probabilidades estaban de parte del *condottiere*; pero éste, desconcertado por la resistencia de Monte-Rotondo, permaneció inmóvil durante todo el día 26, y hasta el mediodía del 27 no comenzó á trazar su movimiento ofensivo avanzando hacia Roma por la vía Salaria. Después de una corta marcha se detuvo en

(2) Véase Vitali, *Dieci giornate di Monte-Rotondo*, págs. 15 y siguientes. Véase también Guerzoni, *Studi militari sull'ultima campagna per Roma* (Nuova Antologia, abril 1868, pág. 767).

Santa Colomba, limitándose á hacer adelantar su vanguardia hasta Marcigliana; y el 28 hizo alto en Castel-Giubileo, distante sólo nueve kilómetros de la capital. Parecía como que vacilase en empeñar el supremo combate: ¿era timidez ó falta de genio, desconfianza en sus propias tropas más indisciplinadas que aguerridas, temor á los soldados del papa que en realidad no eran tan despreciables como algunos se complacían en decir? En aquellos mismos días llegaban á su campamento agentes de Víctor Manuel anunciándole la intervención de Francia, exponiéndole las complicaciones que podrían sobrevenir y suplicándole que condujera de nuevo á sus fuerzas al otro lado de la frontera; y estas exhortaciones, aunque desatendidas, eran muy á propósito para debilitar sus ímpetus. El 29, los garibaldinos llegaron al Teverone, afluente del Tíber que desemboca en éste á cuatro kilómetros al Norte de Roma; pero en vista de que el puente Salarío estaba roto retrocedieron. El 30, un nuevo movimiento ofensivo les llevó hasta las orillas del río; mas como si se asustaran de su propia audacia, y comprendiendo, por otra parte, que todos los pasos estaban guardados, se retiraron á Monte-Rotondo.

Mientras Garibaldi se entretenía en los alrededores de Roma, la escuadra, aunque retrasada á causa del mal tiempo, se acercaba á las costas italianas y entraba, el 29 de octubre, en Civitavecchia. El general Faily, general en jefe del ejército expedicionario, hubiera querido, antes de que sus hombres desembarcaran, esperar una nueva orden telegráfica del emperador; pero, á instancias del vicealmirante Gueydón, el desembarco empezó en seguida. El 30, la vanguardia francesa, mandada por el general Polhés, entró en Roma, al mismo tiempo que salían de Tolón nuevos refuerzos para completar el cuerpo expedicionario que debía componerse de dos divisiones. Además una tercera división de reserva, reunida en las costas de Provenza, estaba dispuesta á embarcarse en cuanto recibiera orden de hacerlo.

X

Aquella expedición era la salvación para la Santa Sede; pero ¿no sería quizás para Francia y para Europa señal de nuevas complicaciones? Ya hemos visto los infatigables esfuerzos intentados por los amigos de Italia para evitar ó aplazar la intervención imperial. Ni las órdenes de embarque transmitidas á Tolón, ni los telegramas que anunciaban la salida de la escuadra, habían destruído por completo las esperanzas, y á pesar de todos los síntomas contrarios, habían proseguido las instancias tan atrevidas como tenaces. El 27 de octubre, viendo la impotencia de Cialdini, fué llamado para constituir ministerio el general Menabrea, hombre de orden y resueltamente hostil á toda complacencia revolucionaria. Al saberse su designación, aquellas instancias se reprodujeron con mayor energía: el gobierno de Florencia no pedía otra cosa que cumplir sus compromisos con el emperador; se adoptarían medidas rigurosas para impedir el reclutamiento de los voluntarios y su paso á través de la frontera; y seguramente se disolverían en breve plazo las partidas. Así hablaba el Sr. Nigra al Sr. de Moustier. Aquel día el marqués Pepoli celebró una larga conferencia con el Sr. Rouher, y

por la noche redactóse una proclama real que desautorizaba toda tentativa anárquica y llamaba á las filas del ejército á todos los que habían penetrado en las provincias pontificias. Aquel lenguaje, empleado treinta y seis horas antes, habría impresionado, y una nueva contraorden, esta vez decisiva, habría detenido nuestra escuadra en las costas de Provenza; pero nuestros buques navegaban ya en pleno Mediterráneo y fuera del alcance de los semáforos. Así es que el Sr. Rouher, bien que suavizando sus palabras con la expresión de los más corteses sentimientos de disgusto, notificó al Sr. Pepoli las voluntades de su gobierno que no podía dejar protestar su firma ni detener la expedición que ya había partido. Al mismo tiempo se hallaba á la vista de la isla de Elba é iba á llegar de un momento á otro á Civitavecchia. Entonces, no esperando ya nada de sus gestiones, tomó una determinación atrevida, casi temeraria; puesto que las tropas francesas penetraban en los Estados de la Santa Sede, también él pasaría la frontera, y ora en son de protesta, ora para asegurarse garantías, ocuparía algunos puntos del principado pontificio. En un telegrama al Sr. Pepoli, el rey se esforzó en justificar sus propósitos, invocando para ello la sobreexcitación de los ánimos y las exigencias de la opinión pública: «Rogad al emperador, añadía, que crea en mi buena fe y en mi amistad, pero que se haga cargo de las terribles dificultades con que lucho (1).» El 30 de octubre, la *Gaceta oficial* de Florencia publicó aquella trascendental resolución, anunciando que las tropas reales iban á ocupar, en las fronteras, Acquapendente, Civitá-Castellana, Orte y Frosinone.

Las complicaciones italianas iban tomando el aspecto de embrollo. En aquel pequeño Estado, de *dimensión homeopática*, como decía en son de broma Pío IX, iban á maniobrar cuatro ejércitos: el del soberano legítimo con el general Kanzler, el de la Revolución con Garibaldi, el de Francia con el general Faily y, por último, el de Víctor Manuel. Aquella confusión no sólo era extraña, sino que además estaba preñada de peligros. Hallándose tan cerca unos de otros y animados de intenciones tan diversas, ¿no se transformarían en enemigos los antiguos aliados de Magenta y Solferino? En realidad de verdad, el gabinete de Florencia ponía gran cuidado en protestar contra toda idea provocadora: en efecto, apenas llegado el general Faily á Civitavecchia, enviósele un oficial de estado mayor para fijar amistosamente las posiciones respectivas; y al decir de los ministros de Víctor Manuel, sólo ocuparían los puntos inmediatos á la frontera con el único objeto de cooperar al mantenimiento del orden y respetando las autoridades existentes. Pero fuesen cuales fueren aquellos sentimientos, no era posible mirar sin inquietud tantos cuerpos distintos codearse en tan reducido espacio. Los italianos, respetuosos con la bandera tricolor, observarían la misma reserva respecto de los pontificios? ¿Y qué haría Francia en caso de un choque, aunque éste fuese fortuito? La paz estaba á merced de una mala inteligencia, de una imprudencia, de un incidente, y aumentaba el peligro el gran descontento que excitaba en París la reciente resolución italiana, que el Sr. de Mous-

(1) Véase Masari, *La vita ed il regno di Vittorio-Emmanuele II*, pág. 473.—Véase también *Papiers des Tuileries*, páginas 185-187.

tier, abandonando su moderación habitual, calificaba de «contraria al derecho de gentes (1).» Y aun la prensa oficiosa dejaba atrás esta apreciación rigurosa del ministro: «Italia, decía el diario *La Patrie*, había de escoger entre la Francia y la Revolución, y se ha quedado con esta última (2).»

En tan intrincada situación, cuanto más se precipitara el desenlace, tanto menores serían las ocasiones de batallón de la legión de Antibes, de un escuadrón de dragones y de una sección de artillería. Este cuerpo, conflicto, y la conducta más enérgica había de ser tam-

En la noche del 3 de noviembre se formó una columna pontificia compuesta de dos batallones de zuavos, de un batallón de carabineros extranjeros, de un que constaba de unos tres mil hombres, se puso á las órdenes directas del general Courten y bajo el mando supremo del general Kanzler, y á él se unieron algunos voluntarios de elevada condición, entre ellos el conde de Caserta, hermano del rey de Nápoles. El general Faily, por su parte, había reunido cinco batallones de infantería, un escuadrón de cazadores y una batería de artillería, es decir, una brigada de unos dos mil hom-



El general Faily

bién la más prudente. Lanzarse sobre las partidas y aplastarlas rápidamente era el mejor medio de localizar la lucha, de simplificar las complicaciones y de impedir que una obra de represión se convirtiera en una gran guerra. En 1.º de noviembre, el general Kanzler fué á Civitavecchia y conferenció con el general Faily, sometiéndolo á su juicio un plan de acción. El comandante en jefe francés habría esperado gustoso á que hubiesen desembarcado todas sus fuerzas, que aún no estaban completas; y acaso también conservaba en su ánimo huellas de las vacilaciones del emperador que sólo de mala gana se prestaba á la empresa, y hubiera quedado muy reconocido á quien le hubiese librado de la responsabilidad de la misma; pero ante la insistencia del ministro de Pío IX, convino en que el ejército pontificio marcharía sin tardanza sobre el enemigo, en tanto que los franceses con una parte de sus tropas ocuparían Roma y Civitavecchia y con el resto apoyarían el movimiento de las fuerzas del papa.

(1) Despacho de 1.º de noviembre de 1867 (*Documents diplomatiques*, pág. 104).

(2) *La Patrie*, 1.º de noviembre de 1867.

bres, cuyo mando confió al general de Polhés. Los pontificios habían solicitado y obtenido el honor de ir delante, y á las cuatro de la mañana los zuavos, que formaban la vanguardia, salieron de Roma por la Puerta Pia y emprendieron la marcha por la *vía Nomentana*, ancha calzada que los turistas conocen perfectamente porque por ella es por donde van á visitar la antigua basílica de Santa Inés. Una lluvia abundante que había caído durante toda la noche y que todavía continuaba, había mojado los caminos y dificultaba la marcha. Era aún de noche cuando aquellas tropas pasaron el Teverone, ó sea el antiguo Anio; al amanecer aclaróse el firmamento, y el sol, rasgando las nubes, anunció un hermoso día. Los soldados hicieron alto en Capo-Bianco, pequeña aldea distante doce kilómetros de Roma: allí se encendieron grandes hogueras para secar las ropas; se preparó el café, y como era domingo, un sacerdote celebró al aire libre el divino sacrificio. Tocaba la misa á su término cuando la brigada francesa, que se había puesto en marcha poco después que los cuerpos pontificios, se reunió con éstos. Todas las miradas estaban fijadas hacia el Nordeste y hacia la región